

# EL TUMULTO

HISTORIADOR POPULAR

México-Querétaro, Segunda Epoca, Año V. Número 55, Mayo de 1992

EL TUMULTO es una revista mensual publicada por el Instituto de Investigaciones de la Universidad Autónoma de México. Dirección: Esteban Ramírez. Distribución: gratuita. Domicilio: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Humanidades, Área de Historia de México, México, D.F., C.P. 06702. Teléfono: 562 20 00. E-mail: tumulto@unam.mx. Registro en trámite. Precio: \$10.00.

menos me dio una última oportunidad de conservar un grato recuerdo que en infinidad de ocasiones regresó a mi vida. Primero murió mi padre. Fue algo misterioso, algo que nunca supe con precisión; creo que fue un accidente -ocurrían muchos en ese tiempo- como la caída de un caballo que cabalgaba a gran velocidad, al tratar de alcanzar el tren que iba a la Ciudad de México, allá por el rumbo de Tlalpan. Después vinieron las epidemias y los contagios. Fui una de las primeras en contraer la tifoidea en la familia. Recuerdo que fue una etapa de calenturas, dolores y cambios de domicilio [sin pedirnos permiso, las fuerzas revolucionarias continuaban desintegrando lo poco que quedaba de nuestro mundo], de constantes visitas a parientes y amigos en Xochimilco y en la Ciudad de México. Finalmente vino otro día aún más trágico; mi madre enfermó de bronconeumonía y murió. Ella, sabiendo la gravedad de la situación, comenzó a repartirnos entre tíos y parientes cercanos. La diáspora había comenzado. La situación en mi pueblo y sus alrededores era muy grave; mucha gente moría de hambre o de enfermedades más que en los enfrentamientos de las tropas. Xochimilco quedó entonces semiabandonado. Como yo y mis hermanos, muchas familias desintegradas, o a punto de desintegrarse, se refugiaron en la capital; algunos volvieron años más tarde, para hacerse cargo

nuevamente de sus chinampas. Mis hermanos Amparo, Isaias, Celestino y yo, optamos por quedarnos y tratar de sobrevivir en la gran ciudad. Xochimilco quedó como un lugar de origen, un sitio donde nacimos y vivimos nuestra infancia, pero que, con el transcurso del tiempo, se fue haciendo ajeno. Ahora, a mis ochenta y tantos años, me pregunto; ¿era mejor ese Xochimilco de principios de siglo que el que veo ahora?, aquel era un paraíso de la naturaleza y éste, el de ahora, es un lugar de olor a combustibles quemados, tráfico, ruido y basura. Pues hasta hace algunos años no dudaba en afirmar que mi pueblo, ahora era un mejor lugar para vivir: profesionistas y comerciantes en lugar de campesinos; casas de dos pisos en lugar de jacales; calles pavimentadas en lugar de senderos con polvo y lodo, según la temporada; autos en lugar de carretas y burros, ropa de algodón y zapatos en lugar de los calzones de manta y pies descalzos, luz eléctrica en lugar de velas; en fin, el avance económico es visible, pero creo que el costo ha sido muy alto, más del que nos imaginábamos. Quizá nosotros no lo vamos a pagar, pero la cuenta grande, la mayor, se la van a pasar a mis hijos y a los hijos de mis hijos. ¿Dónde están las chinampas?, ¿Dónde está el agua cristalina?, ¿Dónde están el maíz y las verduras?, ¿Dónde están los crisantemos, los alcatraces, los grandes árboles de plácida sombra?. La destrucción de lo

que fue naturalmente bello la veo por todos lados. Sinceramente no sé si en lo que me queda de existencia veré alguna vez una nueva y diferente manera de vivir, donde se recupere la belleza que nos brinda la naturaleza, sin que la gente vuelva a vivir con escasos recursos materiales, como fue el Xochimilco de mi niñez. Mi pueblo era un paraíso, pero estaba habitado de gente pobre. Ahora el pueblo "conurbado", como le dicen las gentes que estudian estas cosas, es más grande y más moderno, pero ha perdido algo muy importante y único en el mundo que, lamentablemente, las nuevas generaciones de ciudadanos ni remotamente imaginan. Quizá es por eso por lo que no están dispuestas a hacer un sacrificio y recuperarlo. Me temo que en dos o tres generaciones más de gente nacida en las grandes ciudades, se va a ver con desprecio y cierto temor los espacios verdes, llenos de árboles y agua. En cambio, se sentirán más tranquilos en sus pequeñitos departamentos construidos en áreas cubiertas de pavimento y concreto, y rodeados de todos esos aparatos de grandes pantallas y feroces ruidos. Entonces todo llamado a la salvación ecológica será en vano.

*Evangelina Ramirez*

EVANGELINA RAMIREZ



# XOCHIMILCO

 UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA  
Casa abierta al tiempo  
UNIDAD AZCAPOTZALCO  
División de Ciencias Sociales y Humanidades,  
Departamento de Humanidades,  
Área de Historia de México.

 UNIVERSIDAD AUTONOMA DE QUERÉTARO  
Extensión Universitaria.

# EL TUMULTO

HISTORIADOR POPULAR

México-Querétaro, Segunda Epoca, Año V. Número 55, Mayo de 1992

## XOCHIMILCO, AYER Y HOY Crónica vivencial

Nací en el barrio de Caltongo, ahí por San Esteban, Guadalupe y San Cristóbal, en 1906. Quizá he olvidado otras memorias más recientes de mi ya larga vida, pero esos primeros años de la infancia siguen todavía tan claros como las aguas que corrían por los canales de mi pueblo.

La imagen que guardo de Xochimilco antes de la Revolución es la de un lugar limpio, verde, lleno de árboles y olores suaves y agradables, donde la naturaleza todavía mostraba su presencia y su predominio sobre la habitación de la gente. Pero ese Xochimilco estaba lejos de ser un paraíso, porque si lo hubiera sido, no lo habiéramos cambiado por lo que veo ahora, ¿no es así? El entorno era sencillo y obedecía a un ciclo donde las cosas se repetían cada año, casi de igual manera: el agua que subía y bajaba de nivel, los parientes y amigos dedicados al cultivo de las chinampas, los árboles frutales, cuya frondosidad cambiaba de aspecto, el olor del limo en los canales y, algo muy especial, el "barco de alemanes" que venía desde la Ciudad de México, y que, al retirarse sus navegantes, tocaban los silbatos, señal para que los niños se acercaran y recogieran las monedas que los pasajeros tiraban al agua, tan clara que no se perdía una sola.

Las fiestas no tenían la currencia de ahora, pero eran mucho más emotivas, por ejemplo, durante el Jueves de Semana Santa, cuatro vecinos, cuida-

dosamente escogidos, bajaban y cargaban un Cristo, el cual salía en procesión hacia el atrio de la iglesia de San Bernardino. Entonces ocurría algo que me impresionaba mucho: las mujeres, los niños y algunos hombres lloraban abiertamente a su paso. Era también mucho el respeto que se tenía a los lugares sagrados como las iglesias; recuerdo haber visto a las ancianas besar con gran reverencia el piso de las entradas, ahí cerca de donde se había esculpido una flor de cuatro pétalos y unas curiosas palabras en lengua azteca. Hacia 1912, la gente de Xochimilco era poca y la gran mayoría se dedicaba a la agricultura de maíz, y a cultivar verduras como coliflores, rabanitos, apios y lechugas; productos que se ofrecían en la Ciudad de México. Para venderlos, la gente de mi pueblo se desplazaba en trajineras durante la tarde y la noche, a través de los canales que llegaban hasta cerca del centro de la gran ciudad.

¿Quiénes eran mis padres? Podría decir que mi madre era uno de los habitantes privilegiados del pueblo dedicados al comercio. Tenía una tienda, pequeña pero bien ubicada, donde vendía todo tipo de productos. Mi padre, del que tengo muy vagos recuerdos, era cobrador de mercados, labor que lo obligaba a viajar frecuentemente a los pueblos vecinos de Xochimilco y a la Ciudad de México. No nos iba mal; estábamos en una posición mejor que el resto de nuestros amigos, con un poco más de desahogo económico, que nos permitía asistir a espectáculos como corridas de toros y otras fiestas

que se organizaban dentro y fuera del pueblo. Las corridas, en particular, ejercían una fascinación muy especial en mi madre. Unas horas antes del espectáculo taurino acostumbraba cerrar abruptamente el negocio, en medio del disgusto general de los compradores. Entonces vino la Revolución de 1910. Este fue el principio del fin para mi familia. Estaba empezando un movimiento social largo y violento; era como un gran remolino que empezaba a gritar, pero nadie imaginaba su magnitud y duración. El único lugar seguro donde nos pudimos proteger fue, primero, las chinampas, y después, cuando las cosas iban de mal en peor, la gran ciudad. Diría yo que era hasta divertido. Yo tendría como seis años de edad, cuando comenzaron a entrar los zapalistas al pueblo. Mis padres y mis parientes, para protegernos, nos hacían pasar la noche en las chalupas, cerca de las chinampas. Ahí, entre colchones, bizcochos, café, risas y susurros, la familia quedaba a salvo de la violencia nocturna. A las seis de la mañana se volvía al pueblo, a la rutina diaria de trabajo, la cual estaba cada vez más sujeta a las entradas, salidas y peleas de hombres armados que venían del sur o del rumbo de la Ciudad de México. Lamentablemente este fue el último momento en que compartí el amor y las atenciones de mis padres y hermanos. Cada vez que recuerdo esos tiempos de una enorme y amorosa cercanía con mis seres queridos, que inmediatamente vinieron acompañados de una muy violenta separación, pienso que Dios por lo

